

LA PASIÓN POR EL CONOCIMIENTO

Por: Héctor Ceballos Garibay

La esencia de toda universidad es la generación de conocimientos valiosos, la renovación permanente de la información y la difusión de esa sabiduría que, más allá de cualquier diferencia específica entre individuos y naciones, nos unifica e identifica como sociedad humana. La noble y ancestral tradición de cultivar y propagar el saber en escuelas y recintos especiales se remonta a la Grecia antigua, cuando florecieron la Academia platónica y el Liceo aristotélico. Luego, durante el Imperio romano, aparecieron las célebres escuelas de jurisprudencia; y más tarde, durante el esplendor de la Edad Media, nacieron las primeras universidades europeas donde, por obra de teólogos y humanistas, se pudo atesorar lo más valioso de la cultura universal.

Una de las virtudes cardinales de estas universidades, además de recuperar el saber clásico que se había disgregado a raíz de las invasiones bárbaras, fue la de consolidar la loable tradición académica de fomentar la libre discusión de las ideas. Incluso durante el medioevo, cuando predominaban los estudios teológicos y prevalecía la escolástica en los recintos universitarios, poco a poco se fue volviendo una práctica cotidiana la discusión intelectual: los estudiantes tenían que aprender a razonar y debían saber cómo argumentar y defender una tesis ante sus profesores y condiscípulos.

Más tarde, fruto de las críticas a la ortodoxia medieval y a partir del advenimiento progresivo de la época moderna, las universidades se fueron secularizando paulatinamente, es decir, triunfó en ellas el planteamiento filosófico de que la religión y la ciencia pertenecían a dos mundos muy distintos entre sí. Desde esta perspectiva, los asuntos de la fe y los dogmas religiosos debían circunscribirse al ámbito íntimo de las creencias personales y familiares, quedando al margen de la dinámica genuinamente universitaria, cuyo fundamento educativo tenía que

regirse por el rigor teórico, el método experimental, el espíritu inquisitivo y la actualización constante de los conocimientos.

La universidad moderna, emanada de los nuevos tiempos liberales, conservó la estructura orgánica de la institución medieval (la autoridad del Rector, los cuerpos colegiados y la concesión de títulos), pero ya no intentó postular o defender una determinada doctrina oficial y canónica, sino que, por el contrario, antepuso la divisa de la libertad de cátedra y del pluralismo como los fundamentos anclares de una educación sustentada en el rigor académico y la comprobación científica de los hechos. El modelo universitario introducido en la época napoleónica contribuyó significativamente al desarrollo de una institución renovada, preocupada al mismo tiempo por fortalecer las especializaciones de las respectivas facultades sin descuidar la fructífera correspondencia entre la teoría y la práctica, entre la ciencia positiva y los problemas peculiares de cada sociedad concreta. De este modo, la universidad dejó de ser un ente aislado y se convirtió en un organismo activo comprometido con el progreso social a través de su quehacer específico: la investigación empírica, el desarrollo del saber tecnológico y la propagación de los valores humanistas.

En la actualidad, por desgracia, muchas universidades se han vuelto tecnocráticas: padecen la fragmentación del conocimiento e incurren en una especialización extrema que conduce a una deficiente preparación de los educandos. Y al predominar la parte sobre el todo, se pierde la visión del conjunto. La consecuencia no es otra que la proliferación de “hombres parciales”, sujetos que saben mucho de su rama específica, pero que son ignorantes en lo que respecta a los asuntos ajenos a su profesión. Ciertamente hoy sería utópico proponer como modelo la búsqueda de la “erudición universal” que, en los albores del mundo moderno, encarnaron Leonardo da Vinci y Goethe; pero tampoco debe haber duda acerca de los cuantiosos recursos tecnológicos que ahora permiten a cualquier universitario, al menos potencialmente, adquirir una cultura menos fragmentada y más diversificada y contemporánea. ¿Acaso es imposible que los

especialistas técnicos también sean individuos informados en cuestiones de arte, filosofía y política? ¿Por qué razones, aquellos que estudiaron disciplinas sociales, tendrían que ser ignorantes en cuestiones científicas o administrativas? La división del trabajo existe y crece sin cesar, pero ella no tiene porque ser pretexto para justificar la apatía y la pereza de todos aquellos profesionistas que sólo se interesan en ser suficientemente buenos como para asegurar su bienestar económico personal, y se despreocupan de la importante tarea de cultivar una formación integral y humanista, en donde el universitario no sólo tenga una preparación amplia y profunda, sino que también incluya el enriquecimiento cultural permanente: aprender a disfrutar de las artes y amar un conocimiento que sea vasto y universal, hasta donde ello sea humanamente posible.

Reivindicar los patrones de excelencia de la universidad humanista es algo fundamental que no sólo atañe al desarrollo social y tecnológico de los países, sino que también se convierte en una tarea indispensable para coadyuvar al fortalecimiento de los valores democráticos. En efecto, el genuino espíritu universitario, sustentado en la discusión permanente y respetuosa de las diferencias intelectuales entre colegas e instituciones, constituye la mejor vía para fomentar una cultura cívica basada en la tolerancia y en la reivindicación de los derechos humanos.

La conciencia crítica y la actitud de servicio a la comunidad son, sin duda, dos pilares esenciales de la universidad humanista. Ello no significa, empero, que la institución universitaria deba politizarse y renunciar a sus tareas sustantivas: el proceso de enseñanza-aprendizaje, la investigación científica y la difusión de la cultura. La encomienda educativa consiste en procurar que los universitarios adquieran una formación académica de excelencia en el marco de una dinámica laica, científica y pluralista; una educación amplia y vigorosa que florezca como capacidad ciudadana para el discernimiento racional cuando los egresados se enfrenten los dilemas de la vida pública y opten por hacer el bien a su entorno y a la humanidad.

Deseo finalizar invocando la imagen edificante de Leonardo da Vinci, quien con su quehacer teórico y práctico contribuyó al nacimiento de ese ideal humanista que como universitarios debemos salvaguardar y enaltecer. Ciertamente, a partir de la obra del insigne maestro italiano hoy son más diáfanos los beneficios inherentes a una educación inter y multidisciplinaria donde las ciencias, las humanidades, las artes, las nuevas tecnologías y el talento individual y grupal se conjuguen diariamente en provecho del desarrollo civilizatorio del planeta. El legado histórico de este artista excepcional nos recuerda, hoy más que nunca, que el verdadero espíritu universitario apela siempre a la luminosa conjunción entre el amor a la naturaleza y la pasión por el conocimiento.

Sés Jarhání, Uruapan, Michoacán, 2 de septiembre de 2014.